



VIII Jornadas de Investigación en Humanidades

DANIELA PALMUCCI
COORDINADORA

LAS HUMANIDADES EN EL SIGLO XXI DEBATES EMERGENTES Y LUCHAS IRRENUNCIABLES

7 al 9 de agosto de 2019



EDITORIAL
DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL SUR



DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES
UNS

VIII Jornadas de Investigación en Humanidades / Carmen del Pilar André... [et al.]; coordinación general de Daniela Palmucci. - 1a ed - Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-655-258-5

1. Literatura. 2. Historia. 3. Filosofía. I. André, Carmen del Pilar II. Palmucci, Daniela, coord.
CDD 301



Editorial de la Universidad Nacional del Sur

Santiago del Estero 639 | (B8000HZK) Bahía Blanca | Argentina

www.ediuns.com.ar | ediuns@uns.edu.ar

Facebook: Ediuns | Twitter: EditorialUNS



Diseño interior: Alejandro Banegas

Diseño de tapa: Fabián Luzi

Corrección y ordenamiento: Gisele Julián

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial-Sin Derivadas. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>



Queda hecho el depósito que establece la ley n° 11723

Bahía Blanca, Argentina, febrero de 2021.

© 2021 Ediuns.



Las Humanidades en el siglo XXI
Debates emergentes y luchas irrenunciables

7 al 9 de agosto de 2019

Departamento de Humanidades

Universidad Nacional del Sur

Bahía Blanca



Universidad Nacional del Sur

Autoridades

Rector

Dr. Daniel Vega

Vicerrector

Dr. Javier Orozco

Secretario General de Ciencia y Tecnología

Dr. Sergio Vera

Departamento de Humanidades

Autoridades

Director Decano

Dr. Emilio Zaina

Vice Director Decano

Lic. Diego Poggiese

Secretaria Académica

Lic. Eleonora Ardanaz

Secretaria de Extensión y Relaciones Institucionales

Dra. Alejandra Pupio

Secretaria de Investigación, Posgrado y Formación Continua

Dra. Daniela Palmucci

Comité Académico

- Dr. Sandro Abate (UNS - CONICET)
Dra. Marta Alesso (UNLPampa)
Dra. Ana María Amar Sánchez (University of California, Irvine)
Dra. Adriana M. Arpini (UNCu)
Dr. Marcelo R. Auday (UNS)
Dr. Eduardo Azcuy Ameghino (UBA - CONICET)
Dra. Cecilia Barelli (UNS)
Dra. Dora Barrancos (UBA - CONICET)
Lic. Cristina Bayón (UNS)
Dr. Raúl Bernal-Meza (UNdelCPBA)
Dr. Gustavo Bodanza (UNS)
Dr. Roberto Bustos Cara (UNS)
Dra. Mabel Cernadas (UNS - CONICET)
Dra. Liliana Cubo de Severino (UNCuyo - CONICET)
Dra. Laura Del Valle (UNS)
Dra. Marta Domínguez (UNS)
Dr. Oscar M. Esquisabel (UNLP - CONICET)
Dra. Claudia Fernández (UNLP - CONICET)
Dra. Ana V. Fernández Garay (UNLPam - CONICET)
Dr. Ricardo García (UNS)
Dra. Viviana Gastaldi (UNS)
Dr. Alberto Giordano (UNR)
Dra. María Isabel González (UBA)
Dra. Graciela Hernández (UNS - CONICET)
Dra. Yolanda Hipperdinger (UNS - CONICET)
Dra. Silvina Jensen (UNS- CONICET)
Dra. María Luisa La Fico Guzzo (UNS)
Dr. Javier Legris (UBA - CONICET)
Dra. Celina Lértora Méndoza (USAL - CONICET)

Dr. Fernando Lizárraga (UNCo - CONICET)
Dr. Pablo Lorenzano (UNTF)
Dra. Stella Maris Martini (UBA)
Dr. Raúl Menghini (UNS)
Dra. Elda Monetti (UNS)
Dr. Rodrigo Moro (UNS - CONICET)
Dra. Lidia Nacuzzi (UBA - CONICET)
Dr. Sergio Pastormerlo (UNLP)
Dra. Alicia Ramadori (UNS)
Dra. Silvia Ratto (UNQ - UBA)
Dra. Elizabeth Rigatuso (UNS - CONICET)
Lic. Adriana Rodríguez (UNS)
Dr. Jorge Roetti (UNS - CONICET)
Dr. Miguel Rossi (UBA)
Dra. Marcela Tejerina (UNS)
Dra. Patricia Vallejos (UNS- CONICET)
Dra. María Celia Vázquez (UNS)
Dr. Daniel Villar (UNS)
Dra. Ana María Zubieta (UBA)

Coordinadora general

Daniela Palmucci

Comisión organizadora

Marcelo Auday

Martín Aveiro

Juliana Fatutta

Alejandro Fernández

Diana Fuhr

María Victoria Gómez Vila

Estefanía Maggiolo

Quimey Mansilla Yancafil

Virginia Martín

Lorena Montero

Marta Negrín

Melisa Belén Nieto

Nicolás Patiño Fernández

Esteban Sánchez

Mariano Santos La Rosa

Ana Inés Seitz

Antonela Servidio

Fabiana Tolcachier

David Waiman

Sandra Uicich

Departamento de Humanidades

Universidad Nacional del Sur

Bahía Blanca, Argentina



Identidad: una política entre lo común y lo singular

María Andrea Negrete¹
María Liliana Di Cianni¹

Una introducción a lo político

Hannah Arendt en el pequeño texto *¿Qué es la política?* apuntaba que aquello que es político en el hombre no es su naturaleza o su esencia subjetiva, sino precisamente ese *espacio entre*, ese mundo *que surge entre los diversos* y que hace habitable el vínculo que los une, estando esa habitabilidad definida en último término por la capacidad de lenguaje. Este rasgo ontológico del hombre, cuyo ser necesita, justamente para *ser*, ser nombrado por otro, ha sido el soporte desde el que distintas disciplinas de pensamiento se han ocupado del análisis del individuo en su dependencia de la alteridad, una alteridad que ha marcado la inserción de este individuo-sujeto en el campo simbólico de su *ex-sistencia*.

La teoría psicoanalítica de Freud, cimentada sobre la hipótesis del sujeto del inconsciente, introdujo desde sus primeras elaboraciones la vinculación directa que la cultura (con sus exigencias políticas, sociales y económicas) mantenía con la configuración de la psique del individuo, una relación que además de afectar a la esfera consciente de sus palabras y de sus actos, se manifestaba de modo inconsciente por medio de formaciones sintomáticas de sustitución.

Este planteamiento supone que, desde su origen, ese sujeto de lo inconsciente es ya siempre sujeto de lo colectivo al estar determinado por las exigencias de configuración de lo social, al tiempo que esta configuración de lo social necesita valerse de complejos inconscientes para asegurar su mantenimiento y reproducción. De modo que esta reciprocidad ontológica del sujeto y lo social, fundamentada por el lenguaje es una implicación

¹ Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur (UNS), correo electrónico: mnegrete@criba.edu.ar, mldicianni@yahoo.com.ar.

política imprescindible para la toma en consideración del individuo-sujeto (de su subjetividad y de su sujeción) y de sus posibilidades de vínculo social. Asimismo, la reformulación llevada a cabo por Lacan al señalar que el inconsciente está *estructurado como un lenguaje* y la inmediata consecuencia de la determinación del sujeto por el significante permite posibilidades de acercamiento a la comprensión que toda realidad política es concebida como producción simbólica de discurso que es investida fantasmáticamente.

La constitución de lo social, como grupo de referencia y pertenencia, es necesariamente producto de una diferenciación que establece un centro consignado como lo propio o más exactamente como lo nuestro, frente a una exterioridad que se asume como ajena y hostil. No en vano exterior, extranjero y enemigo fueron algún día conceptos idénticos (Freud, 1926-1996).

El carácter temporal, relativo e ilusorio de la identidad personal y de las colectividades se anunciaba ya desde que Freud señaló la escisión de la conciencia, del yo y la determinación de los deseos inconscientes del sujeto. Idea basada en el hecho de que la cría humana nace sin representaciones de sí mismo como tampoco del mundo en el cual va a vivir. Este pasaje suponía para Freud ir de la estructuración narcisista del yo a la posibilidad de que el yo conciba un objeto ajeno a él, en ese ínter se estructura también el Inconsciente. De esta manera el planteamiento del Inconsciente fracturó toda identidad en la conciencia y en el yo.

La función social del ideal y el carácter político de todo proceso de identificación

¿Qué es un ideal? Podemos definirlo, de la manera más amplia, como un dispositivo que promueve la identificación del sujeto a partir de una serie de rasgos determinados que cobran valor en un contexto discursivo dado. De alguna manera, estos rasgos de identificación van a desempeñar, respecto a su deseo, la función de cierta forma de finalidad. Se trata de que el sujeto desee en conformidad con una serie de elementos extraídos de un discurso que es común y que se comparte con una comunidad. Comunidad que, como dijo Freud en *Psicología de las masas*, no se define por el número, sino por su estructura. En términos lacanianos: basta con el sujeto, su Otro y el ideal.

En este sentido, si nos situamos ya en el ámbito de lo social, podríamos decir que estas identificaciones ideales tratan de orientar el deseo del sujeto sometándolo a lo que sería una finalidad valorada socialmente. Es decir, por ejemplo: los ideales definirían un ámbito de relaciones en el que las cosas deberían funcionar, en que hay toda una serie de operaciones que tienden hacia la realización de lo que es percibido como cierto bien común y compartido.

Por supuesto, esto supone un sometimiento del deseo individual a un modo de funcionamiento, ya que está en juego algo que debe ser alcanzado. De este modo el ideal es algo que agrupa y al mismo tiempo particulariza.

Cuando Freud dice que no hay diferencia entre lo individual y lo colectivo, lo refiere al estatuto concreto de las identificaciones constitutivas del sujeto. Lacan generaliza esto escribiendo, como el núcleo mismo de la subjetividad, la relación entre el sujeto y el Otro. Toda una serie muy diversa de figuras, a lo largo de la vida del sujeto, son fundamentales porque encarnan la función de una alteridad fundamental, basada en la realidad del lenguaje.

Hay muchas encarnaciones de esta dimensión de la alteridad. Desde luego, puede ser ocupada en un momento determinado por el padre, por la madre, por ambos a un tiempo (Freud hablaba de “los padres”), pero también, de un modo, específico, por el partenaire amoroso o sexual, así como también por figuras que tienen que ver con el ámbito de lo social, como el maestro, el profesor, etc. Y, en otro plano, por funciones discursivas o, como determinados significantes fundamentales que tiene una función de orientación para el sujeto. Así, esta función del Otro es una función totalmente abierta en la que caben, por supuesto, toda una serie de fenómenos que corresponden claramente al ámbito de lo social.

El proceso de identificación supone como condición hablar la lengua del Otro. Puede tratarse de una lengua cuya referencia es el Otro social, así la identificación se puede describir como la búsqueda de un punto de referencia que permita al sujeto establecer el ordenamiento de su mundo, tiene una función de lazo que permite reconocer un conjunto, pero también reconocer un individuo dentro de ese conjunto. Distinguimos la identificación en su dimensión simbólica, relacionada con el sostén que el niño encuentra en el adulto, de la dimensión imaginaria, relacionada con la imagen del cuerpo unificado y el concomitante reconocimiento de sí mismo como individuo. Se trata de dimensiones que están articuladas. La dimensión imaginaria supone que necesito al otro para construir mi yo, en una profunda alienación imaginaria, pero al mismo tiempo la existencia del otro puede ser vivida como una amenaza. Toda identificación a algo supone la negación de otra cosa.

De este modo, la identidad del Yo, buscada en el registro imaginario intentará ser ratificada por la vía del lenguaje. No obstante, todo intento de simbolización de la identidad del sujeto por medio de la palabra terminará por resultar fallido, de ahí que la hiancia establecida entre el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado conduzca a la permanente activación de procesos de identificación que intenten asegurar, de manera provisional, la consistencia del Yo.

En esta división radical del sujeto, se observa que su excentricidad va a adquirir visibilidad en su inscripción práctica en el campo sociopolítico, lugar desde donde el Otro social articulará, a través de los distintos discursos en pugna por la hegemonía, el interminable juego político de la identificación y su fracaso. Así, la dimensión de extimidad del

inconsciente jugará un rol determinante en la comprensión del lazo social y en la configuración del sistema de significaciones imaginarias sociales que lo sostiene, determinación que pasa por ese triple entramado del ideal, la identificación y la identidad.

Las adolescencias y la identidad

Nuestra propuesta toma en consideración tiempos de constitución psíquica donde lo social demanda un trabajo de reorganización identitaria: las adolescencias.

Adolescencia es una noción utilizada como un pivote identificatorio que propone dar coherencia a la labilidad de identificaciones que caracteriza a jóvenes en crecimiento, dotándolos de una identidad de grupo que garantiza su inscripción en el conjunto social. Indica una superficie cultural en la que se estampan, como en un grabado, las condiciones sociales de una época y es en parte, producto de prácticas discursivas que promueven modos de ser y de hacer en y con el mundo.

La identidad no es un concepto psicoanalítico oficial. Sin embargo, ¿qué textos psicoanalíticos sobre la adolescencia no se interrogan sobre el requerimiento de constituir una “identidad”? ¿De qué se trataría? ¿De una prescripción social, de una exigencia de la sexualidad adulta, de un imperativo narcisista? La reorganización de las identificaciones en la adolescencia conlleva el desinvertimiento de los lazos con los objetos de la infancia ¿cómo incide en la “conformación de una identidad”?

La identidad está sujeta al tiempo, a la memoria, a los recuerdos, a la autobiografía, y estas cosas no están hechas sino de lenguaje y palabras. Es el nudo que sostiene cada cuerpo: un agujero hecho de sexo, género, raza y clase. La identidad del sujeto son los papeles emitidos por el Otro, ramilletes de propuestas de solución al problema del sujeto dividido, nunca idéntico a sí mismo, remite a un sentimiento consciente, recubre en parte lo que es aprehendido, en la superficie, en la idea de Yo consciente, mientras que las identificaciones designan, en profundidad, un proceso inconsciente. Ello implica el narcisismo, el invertimiento de sí, positivo o negativo y conflictos identificatorios. De allí, en referencia al narcisismo y a la adolescencia, puede pensarse al invertimiento positivo de la representación de sí el que da un sentimiento de identidad. Este permite, cuando es suficientemente estable y sólido, tomar el riesgo de comprometerse en una relación con un otro diferente y diferenciado de sí, sin perderse en ella.

A pesar de que la construcción de la identidad es una exigencia del proceso de la adolescencia, no debe considerarla como un punto de llegada, como un fin en sí mismo, sino más bien como un punto de partida, una condición previa. Del mismo modo, la identidad representa un tope indispensable para poner un límite entre lo individual y lo colectivo, y

preservar de este modo la singularidad. Constituye, en no menor medida, una limitación al oponerse al ideal de completud (“aceptar que yo soy X significa que no soy Y”). Así la identidad aparece, no como una esencia en el Sujeto, sino como la verdad de una imposibilidad. Si decimos tener una identidad hay que entender entonces que se trata, no de una ilusión, sino de un semblante que hace mantener el sentimiento de la mismidad, sentimiento o idea de ser siempre los mismos a pesar de los cambios que suceden a lo largo de nuestra vida y del recuerdo de nuestra historia o autobiografía. Y aun cuando se pueda decir: ‘ahora soy otro’, habría el supuesto de que hay algo en uno que permanece. En efecto, hay cosas que nunca cambian, por ejemplo, el nombre propio, pero justamente, ahí, la identidad se sostiene en esas referencias simbólicas, sigue siendo un efecto imaginario, una consecuencia de una serie de identificaciones.

Estas perspectivas dobles hacen de la identidad una noción profundamente paradójica: por un lado, es una condición previa al reconocimiento, y por ello a la aceptación de la alteridad y de la complementariedad; pero por otro lado ella ofrece la garantía de una tranquilizante preservación de la subjetividad al precio, es cierto, del abandono de una aspiración a la ubicuidad, ilusoria pero sumamente fascinante.

Como venimos proponiendo, el proceso de identificación supone como condición hablar la lengua del Otro. Sin embargo, Lacan muy tempranamente forjó una lengua especial, una lengua cifrada, que no es la lengua del Otro sino la lengua del Uno. Se trata de una lengua cuya referencia no es el Otro social, ni el Otro de la política, tampoco el Otro de la historia ni el Otro sexual. La referencia de la lengua del Uno es el cuerpo pulsional, lo que Lacan llamó acontecimiento de cuerpo. Un acontecimiento íntimo y privado que escapa a los acontecimientos colectivos y al discurso universal. Aquí es donde nos situamos para pensar los límites, el tope entre lo singular y lo colectivo, fundamental para entender el proceso adolescente en tanto proceso de reorganización de una posición subjetiva respecto del goce, del amor y del deseo.

Identidades sexuadas

Nos encontramos ante un escenario plural y diverso: existe una transformación profunda en los modos de los intercambios sexuales y en los dispositivos histórico-sociales que intentan regularlos, pluralidad de posicionamientos sexuados, identidades de género, orientaciones deseantes y modos de goce que desafían los sistemas nominativos, clasificatorios y normativizantes de los discursos tradicionales. El *dispositivo moderno de la sexualidad*, tal como lo describiera Foucault, edificó un imaginario que encauzó deseos, moldeó cuerpos y reguló prácticas a partir de un proceso de producción subjetiva. En virtud de esto, las

variaciones de las sexualidades quedaron cercadas en una serie de dicotomías y portaron propuestas identificatorias para las subjetividades construidas bajo su primado. Desde este discurso, se dio por sentada la concordancia entre sexo biológico, género y orientación del deseo, y se definió un criterio de normalidad en función de la supuesta correspondencia entre estos elementos. A partir de entonces, la sexualidad pasó a constituir el rasgo decisivo que organizaba la identidad, que debía mantenerse fija, estable e inalterada a lo largo de la vida. Todo desvío, alternancia o vacilación no podía más que configurar el estigma de la patología —psíquica, moral o ambas—.

Desde este nuevo escenario político de la sexualidad, nos preguntamos cómo impacta en adolescentes la diversidad de escenarios identificatorios e identitarios posibles. Sabemos que la clínica no es el lugar donde se produce la teoría sino el espacio desde el cual se abren los interrogantes. Se impone entonces, deslindar entre la *teoría psicoanalítica de la sexualidad* y las *teorías sexuales infantiles* con las que los seres humanos, en diferentes momentos de su constitución subjetiva y de la historia, hemos encontrado caminos para la solución de nuestros enigmas.

La teoría psicoanalítica se ha fundado en dos pilares diferentes: la interpretación de los sueños y la teoría sexual. El primero releva el concepto de deseo, el segundo formula el concepto de pulsión; ambos fueron presentados siempre por Freud en dos escenas separadas. El deseo se funda en una falta, se refiere a la nostalgia de una experiencia pasada y de un objeto perdido, manifestándose en la misma escena en la que aparecen el fantasma y el sueño, buscando su realización. La pulsión no aparece como tal en la escena fantasmática, excepto a través de sus “representantes”. Se trata de una carga energética que aporta un flujo constante de excitación de la que el organismo no puede escapar, estimulando el funcionamiento del aparato psíquico.

La noción de pulsión reemplaza al concepto de instinto para hablar de sexualidad humana. El acento no está puesto en una finalidad particular sino en una orientación general y refuta la concepción vulgar que atribuye a la pulsión sexual un fin y un objeto específicos. Por el contrario, muestra cómo el objeto es variable, contingente, y sólo es elegido en su forma definitiva en función de las circunstancias de la historia del sujeto. Los fines son múltiples, parciales, y dependen estrechamente de fuentes somáticas que también son múltiples y susceptibles de adquirir y conservar una función prevalente para el sujeto. De esta manera, la noción de pulsión abre la brecha que permite diferenciar la sexualidad de la genitalidad.

Masculino y femenino refiere a conceptos que Freud no termina de definir, pero frente a los cuales puede diferenciar al menos tres sentidos: un sentido biológico, un sentido sociológico (que agrupa los atributos socialmente asignados a hombres y mujeres en una cultura determinada y que suponen identificaciones vinculadas a los ideales) y un último sentido equivalente a actividad vs pasividad. Para el psicoanálisis hablar de sexuación

supone que más allá de las determinaciones biológicas, es necesaria una implicación subjetiva del sexo que, Lacan llamó asunción. La tarea que se impone a cada sexo es la de confrontarse con una relación diferente respecto de la castración, con otra posición en el deseo, con otro estilo en el amor y Otro goce distinto al del Uno.

El constructo “identidad” e “identidad sexual”, como si se tratara de una configuración estable y fija que se define de manera permanente en algún momento —tradicionalmente en la adultez—, parece contraponerse a la variabilidad de trayectorias y existenciaros en los que se despliegan las subjetividades contemporáneas. La sexualidad pulsional insiste más allá —o más acá, por su antecendencia— de las coagulaciones identitarias y de las organizaciones defensivas que procuran su dominio, excede los arreglos sociales que pautan la división masculino/femenino y desborda la genitalidad atravesada por la diferencia de los sexos, sin normativizarse en una síntesis armónica exenta de conflicto:

(...) la sexualidad no es un camino lineal que va de la pulsión parcial a la asunción de la identidad, pasando por el estadio fálico y el Edipo como mojones de su recorrido, sino que se constituye como un complejo movimiento de ensamblajes y resignificaciones, de articulaciones provenientes de diversos estratos de la vida psíquica y de la cultura, de las incidencias de la ideología y de las mociones deseantes, y es necesario entonces darle a cada elemento su peso específico (Bleichmar, 2014, p. 254).

Este análisis vuelve a poner en primer plano la irreductibilidad de la sexualidad pulsional con respecto a las posiciones identitarias, las representaciones de género y las polarizaciones eróticas de la elección de objeto. La identificación es la operación fundamental que origina las condiciones para instituir la subjetividad y estructura la base sobre la cual se afirma la identidad en tanto conjunto de enunciados en los que el sujeto se reconoce a sí mismo en el marco del enlace libidinal al semejante (Bleichmar, 1995). Niñas y niños y adolescentes no se identifican al objeto real sino al proyecto y formas representacionales con los que se organiza la circulación simbólica y libidinal con adultas y adultos. Aquí nos preguntamos cuál es el papel del concepto de identidad como articulador de un intento por restituir a un lugar de equidad la presencia del otro. Las identidades implican siempre un acto de exclusión y si hay exclusión, hay efectos de poder. Así identidad no es un concepto esencialista, sino estratégico y posicional. Considerar el complejo ensamblaje entre sexualidad, sexo, género y sexuación nos invita a no despistarnos con respecto al estatuto de lo sexual en los orígenes del sujeto psíquico y en los destinos de su constitución.

Referencias bibliográficas

- Arenas, G. (2010). *En busca de lo singular*. Buenos Aires: Grama.
- Bleichmar, S. (1995). "Las condiciones de la identificación". *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, (21), 201-219.
- Bleichmar, S. (1999). "La identidad sexual: entre la sexualidad, el sexo, el género". *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, (25), 29-46.
- Bleichmar, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis. Qué permanece de ellas en la práctica actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Erikson, E. (1971). *Identidad, Juventud y crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1980). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, S. (1984). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas*. T. XVIII, Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1984). *El Seminario, libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.